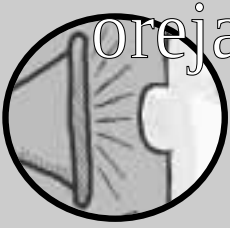
Sin una oreja



Está en casa,
jugando a la salsa,
vi a una vieja,
me arrancó la oreja,
se lo dije a mi abuelo,
y me mandó ir a la escuela,
me vio la maestra asustada sin mi oreja,
y me dejó un día en la escuela.
Me puse a llorar,
ella se puso a temblar.
Yo le dije: ¡No pasa nada!,
me dio una banana.
Llegué a casa y
me metí en la cama.
A la mañana,
fui a la escuela.
Así acaba la historia
de una niña sin oreja.

Angel Mollón Contreras
3º CEIP "San José de Calasanz"